

DIONI PORTA

Empujar el sol

a Carito

I.

Rayos de sol mortecinos iluminan el salón convirtiendo los muebles en sombras afiladas sobre el parquet. Las horas se suceden parsimoniosas y los días se replican. El temporal Gloria nos ha recluido en casa y el aislamiento se manifiesta en el ánimo de los tres. Mientras Cloti, mi mujer, no se quita la bata y Elvira, mi cuñada, nos toma la fiebre a cada rato, yo necesito escapar de aquí, hartado de tanto techo. Afortunadamente, después de cuatro días de encierro, creo que no tardará en acabarse el tabaco, lo que me permitirá salir a estirar las piernas.

Como el romanticismo deprimente alemán no hace más digerible la situación, intento cambiar de música recurriendo a mi póquer de ases de la libertad, Elvis Presley, Frank Sinatra, Johnny Cash y Kris Kristofferson, pero Elvira me para los pies:

—Ni se te ocurra. Schubert está bien.

El segundo día del temporal estuve a punto de salir hacia el Danubio, pero Cloti quiso que me quedara. En las noticias habían informado de que el temporal Gloria había derrumbado centenares de árboles en Barcelona, y a mi mujer le dio miedo que el siguiente cayera en mi cabeza. Traté de hacerla entrar en razón con un elemental cálculo de probabilidades, al que respondió con una lógica que no daba lugar a réplica: «Te lo pido por favor».

De eso hace ya tres días, y lo único que ha ocurrido desde entonces es que un tiesto del vecino del ático se ha caído en nuestro balcón.

—¿Cuándo vas a recoger la tierra de la maceta? —me pregunta mi cuñada Elvira, siempre dispuesta a hurgar en la herida.

Me costaría poco hacerlo, pero me fastidia mucho la desidia del doctor Canet, el vecino del ático. Desidia, soberbia, clasismo. Que lo haga él, que la maceta es suya.

Aparto un poco la silla de ruedas de Elvira y me acerco al ventanal.

—¿Vas a barrer?

—Voy a escribir una nota a ese impresentable. Para que venga a recoger su ficus.

Hago una pelotita con el papel y la lanzo a la terraza del vecino, confiando en que la lea pronto y baje a por el tiesto cuanto antes.

—Lo dices como si el doctor Canet fuera responsable del temporal —me reprocha Elvira, persiguiéndome por el balcón con la silla de ruedas—. Más ha perdido él, la maceta era preciosa.

—La maceta no era preciosa, era lila.

—¡Qué humor de perros! Precisamente tú, que eres el único que puedes moverte sin limitaciones.

Mi cuñada Elvira, que lleva postrada en una silla de ruedas desde que hace treinta años su coche se despeñó por un barranco, siente una gran querencia por recordarme constantemente que puedo mover las piernas mientras que ella y Cloti no. El caso de mi mujer es distinto: hace un par de años comenzó a perder fuerza muscular y ha acabado necesitando una silla de ruedas para desplazarse, como su hermana. Aunque ese no es su principal problema de salud.

—¿Moverme sin limitaciones? Si hace noventa y seis horas que no salgo de casa.

Por suerte, mi mujer interrumpe la discusión:

—Parece que los pongan a secar al sol. Como si fueran bacalao.

Cloti se refiere a la media docena de ancianos con las cabezas caídas y mantas sobre las piernas que están aparcados en la terraza del geriátrico. Antes había ahí una guardería que nos regalaba unas vistas de criaturas gritando y jugueteando. El nuevo paisaje

ha resultado demoledor para la moral de las Prats, pues lo viven como un aviso de cuál puede ser la próxima etapa. Y, seguramente, no les falte razón: su destino podría estar ahí, ingresadas en una residencia, si no fuera por mí, que a mis setenta y dos años me sigo deslomando para hacerme cargo de ambas. De Cloti, porque es mi mujer, porque la quiero y porque sé que ella haría lo mismo por mí. Y de Elvira, porque así son las cosas. Llevamos treinta años viviendo los tres juntos. Cloti era quien más se ocupaba de su hermana Elvira hasta que a mi mujer le diagnosticaron un principio de alzhéimer. Progresivamente, he ido asumiendo su rol. Y lo peor es que ha sido una responsabilidad impuesta: en el año 2003, después de prejubilarme de La Caixa, cometí una serie de errores fatales y me arruiné, quiebra que mi cuñada, jugando sus cartas con habilidad, sabe aprovechar para irse cobrando con firmeza la deuda que contraje. Hasta el punto que controla el dinero de mi pensión y me va dando la semanada como si fuera un adolescente.

—A los bacalaos por lo menos les permiten salir al sol —me reivindico.

—Puedes salir al balcón y recoger la tierra —insiste Elvira.

—Estanis tiene razón —interviene Cloti—. Me gustaría que la terraza la limpiara el doctor Canet. Porque la maceta es suya y por consideración. Además, cuando toca cuidar de su niño, bien que se acuerda de nosotras.

—¡Bravo! —grito, acercándome a Cloti para abrazarla.

—¡Un momento! No podemos acusarle sin pruebas y no estamos seguras de que sea consciente de lo ocurrido. Los médicos trabajan mucho —le defiende Elvira.

—Sí que lo sabe, le pedí a su hijo que se lo explicara —informo.

—¿Ayer viste a Drac? ¿Dónde?

—En su balcón.

—Qué extraño, los miércoles no los pasa con su padre.

—La exmujer tendría podólogo.

—¿Te lo dijo Drac?

—Es una suposición.

—¿En base a qué?

—Es una broma, Elvira.

—Aclárate, ¿es una suposición o es una broma?

Ocurra lo que ocurra, Elvira siempre defiende al doctor Canet, el admirado vecino del ático. Y siempre me ataca a mí. El cuñado arruinado. El hombre en deuda. El cuidador con semanada.

25 de enero de 2020. La alarma del despertador está ajustada para que suene veinte minutos antes de que el sol se asome entre los edificios. Ni un minuto antes ni un minuto después. Ese es el tiempo que necesito para realizar mis ejercicios matutinos y saludar al sol. Le robé la idea a Lambert, que me explicó que llevaba más de veinte años anotando la hora exacta en que amanecía para ver si observaba diferencias de un año al otro.

Me levanto, orino, me cepillo los dientes, bebo un vaso de agua y me dirijo al salón. En invierno, está frío, pero no importa. Al contrario, las bajas temperaturas me ponen en movimiento. Tanto el interior del piso como el exterior permanecen oscuros, aunque ya no es la negrura total de la madrugada profunda. Las formas de los objetos y los edificios comienzan a intuirse y la claridad se va imponiendo. Sutil y tozuda.

El salón tiene que estar despejado para no dificultar el paso de las sillas de ruedas de Cloti y Elvira, así que se convierte en un buen sitio para hacer ejercicio. A mis setenta y dos años, hace más de quince que me purgo y activo a través de esta gimnasia matutina, aunque las tablas han evolucionado bastante. Empecé realizando los ejercicios típicos de mi generación, como abdominales, flexiones, dorsales o el Cristo, pero con el paso del tiempo, la tabla se ha orientalizado. Sigo haciendo sentadillas o girando los brazos como si fueran las aspas del molino soriano de mis ancestros, y he sumado a la tradición una especie de taichí inventado, que al mezclarse con la quietud hipnótica del interior del patio de manzana, me permite concentrarme en la claridad del amanecer. Una luminosidad surgida de la nada que alcanza la máxima elocuencia en el instante preciso en que empiezo a intuir el primer retal de sol. Entonces me detengo. Junto frente al pecho las palmas

de las manos como si fueran la quilla de un barco y coloco la planta del pie derecho sobre el interior de la rodilla izquierda. O al revés. Mientras el sol asciende. Segundo a segundo. Segundo a segundo a segundo. Son instantes que despiertan preguntas. Una recurrente es la de si esto es todo o todavía estoy a tiempo de vivir otra vida dentro de esta vida. La primera tentación es responder que sí, que estoy en el derecho de intentar disfrutar a tope de lo que me queda, pero no tarda en imponerse el sentido del deber, que me recuerda que tengo que ocuparme de Cloti. Y de Elvira, que controla con firmeza mis finanzas. Ellas dependen de mí y yo dependo de ellas. Y así será hasta que Cloti desaparezca de la ecuación y pueda actuar pensando solo en mí. Un momento que cada vez está más cerca, porque Cloti tiene claro que quiere decidir por ella misma hasta cuándo quiere vivir, y yo le he prometido que la ayudaré.

Detesto los días nublados que, además de robarme la belleza del sol escalando entre la colmena de viviendas, me apartan de esos instantes de conjura íntima previos a la ducha. Me gusta que la ducha sea con agua hirviendo para que se lleve por delante tanta piel muerta. De joven, siempre la remataba con unos chorros fríos, pero ahora cada vez agradezco más el calor.

Limpio el espejo con la manga del albornoz y me afeito entre tinieblas, sin ninguna prisa por escapar del vaho. A Cloti no le gusta que madrugue. Siente que desde buena mañana ya desprendo la ansiedad de no saber estarme quieto y que parte de sus nervios se deben a mis nervios.

Trato de vestirme sigilosamente, pero Cloti siempre se despierta.

—Justo ahora que había podido dormirme, Estanis.

—Perdón, ya salgo.

—No, espérate, ya me has despertado, así que ayúdame a incorporarme.

Le acerco la bata y la silla de ruedas, que no soporta que esté dentro de la habitación. Después la acompaño al salón y me paso

por la habitación de Elvira para preguntarle si está despierta. Siempre responde que sí, que hace ya un buen rato, y entonces la ayudo a que se siente en la silla de ruedas, que no soporta que esté fuera de la habitación.

Preparo café y llevo las galletas y los bollos a la mesa del salón. En casa nunca faltan los dulces. Encendemos la radio para escuchar las noticias, hasta que Cloti se siente sobrepasada por tanta realidad y nos pide que pongamos música. Lo intento con Johnny Cash para imaginarme que soy un jinete resacoso cabalgando por la llanura camino del siguiente pueblecito del Medio Oeste. Un lugar donde no faltará el típico *saloon* lleno de rudos campesinos analfabetos a quienes desplumar gracias a mi habilidad para el cálculo rápido de probabilidades. Pero Elvira siempre impone su ley: Schubert. Y si no es Schubert, es Schumann. Y si no, otro. La lista de muermos es interminable.

Siempre hay algún asunto de proximidad que se adueña de esos ratos. Hoy es la maceta del doctor Canet, otro día puede ser el ataque de un trol que ha recibido Elvira después de una de las reseñas que ha colgado en su web de crítica literaria. O puede ser una de las reflexiones atemporales de Cloti. O la aflicción porque han cerrado otro comercio de los de toda la vida. Y si el asunto no acude por su propio pie, nos lo inventamos, para así distraer el maldito silencio que no deja de acecharnos.

Después de desayunar, toca asearse y cambiarse. Es el peor rato del día. Por cansado y por triste. Antes era Cloti quien atendía a Elvira y ahora soy yo quien tengo que ocuparme de ambas. Hay instalado un asiento de cerámica para que las Prats puedan ducharse solas, así que solo hay que ayudarlas al entrar y al salir y acercarles el champú, el acondicionador y el peine. Como Laura dice que no puede con el peso de Elvira, cuando no está Taylor, el cuidador ecuatoriano, soy yo quien coge a mi cuñada en brazos y la mete y la saca de la ducha. Al comienzo fue extraño verla desnuda, pero a todo te acostumbras.

Laura es la asistente de los lunes, los miércoles y los viernes por la mañana, y Taylor el de los martes, los jueves y los sábados. Cuatro horas según contrato, aunque Taylor acaba trabajando más tiempo del acordado y Laura bastante menos. Ambos se ocupan de asistir a las hermanas, pero el kinesiólogo Taylor también realiza masajes y tratamiento muscular. Y barre y friega la casa, ayuda en la cocina y limpia los cristales. Las tareas de Laura, estudiante de filología veinteañera, son mucho más etéreas. Charla con las hermanas, las acompaña a pasear y, sobre todo, ayuda a Elvira con la web: le hace correcciones de estilo de los artículos que publica y le enseña a colgar un vídeo, a automatizar que la actividad de la web se publique en Twitter e Instagram, a gestionar las notificaciones de los comentarios de la página y a tantos web-asuntos más.

Hoy todo ocurre a cámara lenta. Las Prats siguen en bata en el salón, sin demasiadas ganas de hacer nada, así que meto las zapatillas de andar por casa debajo de la cama y saco el abrigo del armario. Antes de ponérmelo, me quedo ensimismado con el calcetín granate desaparejado que desde hace unos días tengo doblado en la mesita de noche, al lado del despertador, porque no me decido a deshacerme de él: ¿y si acaba apareciendo su par?